

Armando Bazán

El descubridor del Amazonas en 1542



L expirar el siglo XV, el Primer Almirante de los Mares, había cruzado ya, en transcurso de ocho años, tres veces el Atlántico del hemisferio norte, y un enjambre de aventureros exaltados por una fuerza extraordinaria que les hacía concebir toda clase de ambiciones y les daba capacidad para inauditos heroísmos, exploraba toda la extensión del mar Caribe arrancando sin cesar, en un continuo asombro, los secretos del Nuevo Mundo.

Alonso de Ojeda el docto capitán, Juan de Cosa el cosmógrafo, Américo Vespuccio el navegante, ponían las plantas en suelos bañados por el Orinoco, descubrían la Venecia americana, Venezuela, y el lago de Maracaibo; Alonso Niño el negro y Cristóbal de Guerra el piloto, cortaban palo del Brasil y descubrían las salinas de Araya. A su vez, Vicente Yáñez de Pinzón, rehuyendo las rutas ya conocidas, y cruzando por primera vez la línea equinoccial descu-

bría estupefacto en el cielo, la constelación de la Cruz del Sur y poco después se veía empujado hacia el poniente por una marea extraña, gigantesca que estuvo a punto de hacerle naufragar. Esa marea era la «bore» o «pirozoca» que tiene lugar dos días antes y dos días después del plenilunio en el más ancho estuario del mundo. Cuando después de trabajos sin cuento, el insigne piloto andaluz logró superar el accidente y volver más tarde a España, hizo el registro del caso en los registros de Granada con el nombre de: Santa María de la Mar Salada.

Yáñez Pinzón no volvió más por esos parajes y el nombre de su asentamiento no tuvo éxito alguno; los navegantes que después transitaban por allí, pasando de largo, llamaban a esa inmensidad peligrosa de agua dulce: Marañón, sin saber a ciencia cierta si se trataba de un mar o de un río fenomenal. Sólo cuatro décadas más tarde, supo el mundo occidental que se trataba de un río que venía regando la selva ecuatorial desde tierras cercanas al Pacífico.

En 1542, en que fué explorado por primera vez el Amazonas, el poderío español se enraizaba ya sólidamente sobre las frescas ruinas del Imperio Incaico a lo largo de las costas del Pacífico meridional. Atahualpa primero, luego sus más aguerridos generales y, por último Manco II, habían sido vencidos definitivamente o habían perecido en hogueras y cadalzos levantados en el largo trayecto de Cajamarca al Cuzco. Es verdad que después había llegado el turno a los

mismos españoles: Almagro, al retornar de Chile donde no encontrara sino penalidades y hambres mortales en vez de riquezas y tierras florecientes, había sido sacrificado por los hermanos Pizarro y, algunos años después, en 1541, el mismo Gobernador y Capitán General del Perú, había caído en Lima, espada en mano, abatido por los almagristas; sin embargo, la empresa conquistadora seguía adelante entre reyerta y tragedia por un lado, y tesón heroico por otro. Y así, Valdivia, con más suerte y destreza que Almagro se abría paso por tierras araucanas, mientras Gonzalo Pizarro atravesaba los Andes ecuatoriales y Francisco Orellana se internaba por la selva virgen que había permanecido aún libre del dominio incaico, y lograba realizar una de las más bellas proezas de la historia.

* * *

Tenia Orellana la misma pasta impetuosa, aguerrida hasta la temeridad de los conquistadores extremeños primitivos. Su nacimiento, como el de su amigo de infancia, Francisco Pizarro, permanece impreciso, obscuro en su fecha y circunstancias. Los historiadores calculan que nació entre los años 1575 y 1580. Y su biografía habría pasado más o menos inadvertida u olvidada como la del grueso de los conquistadores igualmente esforzados y valientes, pero menos afortunados que los grandes caudillos, si no hubiera sido por su última aventura en las selvas ecuatoriales.

Tres años antes de esa aventura, en 1539, Francisco Pizarro vivía aún en su flamante capital del Rímac. Bajo sus auspicios, su hermano Gonzalo Pizarro organizó esa fecha una expedición que partiendo de Quito debía internarse por oriente para dar con el País de la Canela, del que se tenían referencias concretas, y el País del Dorado del que sólo se oía hablar vaga, confusamente.

Entre los trecientos españoles y cuatro mil indios que formaban la expedición, se encontraba Orellana en calidad de jefe distinguido, pero subalterno. Una coyuntura de esas que solían presentarse frecuentemente en esos agitados días de la Conquista, le dió categoría de mando independiente y lo puso nada menos que en el camino fluvial del Atlántico.

Una vez transpuesto, no sin duras fatigas el lomo inmenso, nevado de los Andes, y después de haber recogido en los pueblos aislados que encontraban a su paso pequeños tributos de oro y piedras preciosas, los españoles encontraron efectivamente la región olorosa de la canela y el cedro. Descubrimiento intrascendente para sus esperanzas. Pasaron por eso de largo y no pararon sino en medio de la selva inhóspita y hostil, inmobilizados y hambrientos, ante un río de caudal considerable. Allí fué necesario construir apresuradamente un bergantín rudimentario cuya dirección y cincuenta hombres escogidos encomendó Pizarro a Francisco Orellana para que fuera en busca de víveres si-

guiendo el curso del río. Expiraba el mes de enero de 1541.

Se trataba del río Coca; en su vertiginosa corriente, el bergantín recorrió en breves días un trayecto que, por las márgenes y a pie, habría tomado semanas enteras. Pronto desembocó en el Napo: Y el Napo lanzó la débil embarcación, el 14 de febrero del mismo año, a otro río cuyo cauce abarcaba más de dos mil metros.

En tal confluencia, que los españoles nombraron Trinidad, la distancia recorrida resultaba ya inmensa, y el retorno por vía de agua, imposible. Sin haber encontrado, por otra parte, los víveres apetecidos, era el caso de renunciar—estirando un poco la lógica en perjuicio de la ética—a toda idea de retorno. Sólo el noble de Badajoz, Hernán Sánchez de Bargas, con todo calor, y al parecer también el dominico Gaspar de Carvajal—con menos afán ciertamente—defendieron los fueros de la lealtad. Sin resultado alguno. Orellana estaba ya deslumbrado por la visión del poderío y la gloria que le hacían señales desde lo ignoto de la temible selva. Y como Hernán Cortés cuando quemó sus naves, como Pizarro en la Isla del Gallo, fué su hora de decir: «¡Seguidme, los valientes!». Sólo se quedó allí, abandonado a su terrible suerte, en pleno desamparo el buen Sánchez de Bargas. Y menos mal que meses más tarde pudo contar sus peripecias y recibir el abrazo consolador de Gonzalo Pizarro que, al no tener noticias de su destacamento había se-

guido avanzando hasta ese punto del que retornó inmediatamente a Quito.

Ciñéndose a veces a la margen derecha, a veces a la izquierda del río que sus descubridores bautizaron con el nombre de «Orellana», el primer bergantín de la selva navegaba con toda lentitud en una corriente que se hacía cada vez menos perceptible y siempre majestuosa.

* * *

Esa travesía fué lo más aventurada y pintoresca que pueda imaginarse. El paisaje de selva que veían los españoles desde su navecilla o bajando a tierra era más o menos parecido: bajo un cielo frecuentemente borrascoso se presentaba la verdura de incontables matices en la que predominaba la canela y la vainilla a cual más fragantes, el cedro, el palo de sangre y el palo de chonta a cual más consistentes y preciosos, el cacao, el café, la palmera y, principalmente el árbol de la goma elástica, poco importante en esos días, pero que, unos treientos cincuenta años más tarde llegaría a llamarse, y con razón, caucho u oro vegetal.

Entre esa verdura lujuriosa, enervante, aparecían de vez en cuando también en variedad que causaba asombro a los españoles, hablando distintos idiomas, los aborígenes: a veces adornados de plumas y tremendos aros de metal pendientes de nariz y orejas, más o menos bárbaros, pero siempre hospitalarios que entre-

gaban como los de Tumbes o Quito, todo cuanto tenían; otras veces, completamente salvajes y desnudos, que tomando a los intrusos seguramente como a gentes de otra tribu solían tirarle flechas envenenadas desde sus ágiles piraguas. Por último, no faltó la ocasión en que debieron enfrentarse a una tribu de mujeres rubias, tan hermosas como beligerantes, a quienes si no dudamos de los cronistas primitivos, los españoles, buenos españoles vencieron, llamándolas Amazonas como a las del mito griego, tanto en lances de guerra como en lances de amor.

Tan temibles como los indios salvajes y sus flechas, debieron ser para los expedicionarios, los islotes de lagartos y caimanes, los nubarrones de mosquitos que dan el beri-beri, las fiebres amarillas y los vómitos negros o esos imprevistos remolinos del agua a veces amarillenta, a veces negra, a veces plomiza en los innumerables puntos de afluencias y confluencias.

Ocho meses duró aproximadamente la travesía desde el día que el bergantín empezó a bajar por las aguas del Coca hasta que se vió en el Cabo Norte, donde la corriente fluvial, transformada en un mar de agua dulce cuyo estuario mide cincuenta kilómetros, rechaza, empuja unos trecientos mil metros adentro a las aguas saladas del Atlántico.

La proeza estaba cumplida, Orellana dobló entonces a la izquierda el Cabo Norte y tomando la ruta que Vicente Yáñez de Pinzón siguiera cuarenta y dos años antes, llegó a la isla de Cubaña desde donde pu-

do dirigirse ya fácilmente a España para rendir cuentas y entregar en los alcázares regios, como lo habían hecho años atrás Colón y Pizarro, en cambio de honores y de títulos, su tributo de oro, perlas y esmeraldas al gran Emperador.

* * *

Dos años después de su llegada a España, Orellana ya nombrado Gobernador de las nuevas tierras por él descubiertas, se alistó para recorrer de nuevo sus dominios, pero en dirección contraria a la corriente del río. Esta vez el agua que había hecho su fortuna, se preparaba a precipitarlo con terquedad que hace pensar en la saña de los juegos diabólicos; a la desesperación y a la muerte antes de que coronara su empresa.

Con el apoyo financiero de la Corte pudo Orellana organizar en toda regla y rápidamente la nueva expedición compuesta de cuatro fuertes naves bien provisionadas en las que se embarcaron unas cuatrocientas personas entre las que iban algunas mujeres abnegadas siguiendo al esposo. Pero esta vez, antes de llegar a las Canarias, la pequeña flota fué sorprendida por un temporal en el que naufragaron más de cien personas y quedó destruída una embarcación.

Otros temporales vinieron después; pero, mal que bien la expedición llegó a Tenerife donde tomó un descanso de tres meses. Simple entreacto de un largo

drama que terminaría sólo en el corazón de la selva. Pocos días después de llegar a Cabo Verde, las endemias regionales hicieron presa fácil de esas gentes en su mayoría novicias para soportar los rigores del trópico. Y cuando después, zarpó rumbo al Amazonas, las tempestades que en otro tiempo respetaran al pequeño bergantín fabricado con madera de selva a orillas del Coca, destruyeron una de las tres naves que quedaban y redujeron la expedición a unos doscientos hombres. Las dos naves llegaron al mar de agua dulce, pero aun no habían logrado penetrar cien leguas contra la corriente ya una de ellas se encontraba imposibilitada para navegar. Orellana la transformó en un bergantín. Al reanudar el viaje, una tromba le arrebató 57 hombres, Y unas treinta leguas más allá pierde su última nave. Descansa tres meses en las proximidades de Santarem. Luego, con los hombres que quedaban, cien más o menos, continúa el terrible viaje utilizando el bergantín. ¡Prometeo contra los elementos desencadenados! Esta vez, los indios saben hacer frente a los extraños y matan una veintena, mientras las enfermedades siguen la obra de aniquilamiento.

Era ya demasiado para el jefe, hombre que desde hacía unos treinta años venía batallando sin tregua en este Nuevo Mundo tan alucinante en sus promesas como implacable en sus crueldades. Entonces fué cuando el gran hombre, con la ilusión desvanecida, desesperado de impotencia, abrumado de amargura y de

pena, expiró en el punto brasileño que hoy se llama, ¡ironía! Monte Alegre!

Los contados sobrevivientes, entre los que se encontraba la viuda de Orellana, ya sin la dirección heroica que hasta ese día los guiara, lograron retornar, más conducidos por el capricho de las aguas que por voluntad humana alguna, a las costas del Atlántico.

Cuatro siglos han transcurrido desde aquella fecha y otras expediciones que se cuentan por centenas han seguido las huellas de su primer explorador; pero las deidades indígenas del más caudaloso río del mundo siguen aun defendiendo sus secretos y cerrando sus caminos a la civilización occidental.